Paparazzi

◆

FABRIZIO MEJÍA MADRID

Es la noche del viernes 10 de agosto de 1992. Una limusina y tres camionetas Suburban blindadas se estacionan a las puertas de una modesta casa al sur de la ciudad. Entre los coches estacionados, nosotros nos escondemos. De la limusina emerge un hombre poco fotografiado, aunque muy mencionado en esos días por la prensa, Rodrigo Martínez, uno de los nuevos magnates quien, de un día para otro, compró empresas que hoy cotizan en Wall Street. Martínez tiene algunos problemas para salir de la limusina. Quizás porque apenas se acostumbra a usar coche —alguien comenta que hace tres años, a los cuarenta y seis años, Martínez viajaba en autobuses— o por su evidente sobrepeso. Alguien me ha dicho que parece un cíclope y no se equivocó. Dentro de la casa se encuentra Sandra, una chica de veinticinco años, "guapa pero hombruna" —según testimonios de mis amigos, supercríticos con las novias de los demás—. Desde la calle no podemos verla, pero sé que está nerviosa: uno de los hombres más ricos de América Latina la ha invitado a cenar.

Cuando Rodrigo Martínez logra timbrar, sé que Sandra cuenta hasta cien para abrirle la puerta —"no hay que demostrar *tanto* interés", le repite una voz interior—, mientras su madre, una educadora de nivel preescolar, le da la bendición y corre a esconderse detrás de una cortina. Desde nuestro escondite notamos que Sandra no ha quitado las figuritas de porcelana que adornan la vitrina de su comedor porque tiene planeado salir y cerrar la puerta. Nosotros sonreímos frente a ese truco ocultador: hace muy poco Rodrigo Martínez habría atesorado como obras de arte esas figurillas de payasitos con hollín y pastoriles vendedoras de flores. De hecho, mientras nos subimos a nuestro coche, todos dan como cierta la versión de que Martínez escogió a Sandra como acompañante porque cree que es una chica refinada. Yo les aseguro que Sandra ha aceptado la invitación porque cree que estar en una cena rodeada de hombres poderosos le dará un poco de maldad, otro tipo de encanto. Y ésta es una historia sobre el Mal, que les contaré completa, en cuanto logremos saber a dónde se dirigen.

Suponemos que, dentro de la limusina, se desarrolla un diálogo normal sobre cómo le sienta ese rojo vestido de terciopelo a Sandra —en el que empeñó una buena parte de sus ahorros destinados a la Universidad y que nosotros no juzgamos de buen gusto— o acaso Martínez le informa a la chica de los nombres y cargos de los invitados a la cena, algunos de cuyos apellidos Sandra trata de vincular, sin mucho éxito, con sus amigos y compañeros de la Universidad. Creemos que, a pesar de su frialdad calculadora, Sandra debe escuchar a su acompañante como adormecida, con la ligera sensación de que ella no es ella. Y no se equivoca. En estos momentos, vemos desde nuestro automóvil cómo Sandra ha posado su espigada mano sobre la manaza de Martínez y nuestro experto en lectura de labios aventura:

—Sandra le está diciendo: "Me siento tan afortunada, don Rodrigo."

Nosotros nos reímos. Les explico la broma: ustedes no lo saben, pero en esto no existe azar alguno. Desde hace unos meses, Sandra ha planeado sus taconazos hasta aquí o, más exactamente, hacia una alcoba imaginaria en la que uno de los hombres más poderosos del continente la tomará bestialmente. El plan, aunque banal, fue eficaz; haciendo un trabajo de la escuela, leyó una estimación de la fortuna de

Rodrigo Martínez —lo sabemos porque ahora sus ex compañeros recuerdan que repitió durante días: "Para tener tantos millones de dólares en tan poco tiempo, hay que hacer algo muy malo"—, y más tarde averiguó en una revista de peluquería que: "Rodrigo Martínez era uno de los grandes conocedores de la obra del fotógrafo J." No sabemos cómo, pero convenció a J. de que le hiciera algunos desnudos. Ella tenía veinticuatro, un cuerpo suntuoso y mucho tiempo. Tanto, que pronto tenía la ruta hacia Martínez. Lo demás fue una galería que ofreció "los últimos desnudos del señor J.", que Martínez compró en el triple de lo que valían, y un encuentro casual en la Universidad, con motivo de un ciclo de mesas redondas sobre la globalización financiera, organizado por Sandra. Ahí notó que el millonario sudaba todo el tiempo. Mandó traer un cargamento de pañuelos desechables. Eso me dicen. En ese entonces yo ni paraba por la Universidad. Alguien me quiso vender una foto en la que Sandra en persona le seca la frente, pero podría ser un fotomontaje. No me interesa el sensacionalismo.

De la cena nos enteramos de poca cosa. En cuanto llegamos, los guardaespaldas y soldados del Estado Mayor nos impidieron pasar de la reja. Vimos a Sandra entrar del brazo de Martínez y pudimos ubicar a un puñado de invitados como subsecretarios de Estado, un par de pintores no muy cotizados y empresarios apenas reconocibles. Nada importante. El resto de la noche, mis compañeros lo emplearon en hablar de viejas anécdotas de la adolescencia. Yo me aparté del grupo y fumé lo que traía de mariguana, sin consideraciones legales: pensé que lo mejor que me podría suceder era que me detuvieran unos soldados por echarles el humo a la cara. Eso me elevaría a ojos de Sandra. O quién sabe. No me gusta peguntarme si realmente estuvo enamorada de mí, si me admiraba, y eso. Creo que pensaba que yo era "malo", por adicto, mugroso e irresponsable. Tras dos años de noviazgo, empezó con todo aquello de conocer a un hombre poderoso, mientras yo la miraba con los ojos enrojecidos y trataba de besarla con la boca seca. Algo que siempre pensé que me daba un aire "maldito".

Pero me avisan que Sandra está abordando una de las camionetas. Son las dos de la mañana. La seguimos ya sin especular. Todos sabemos que se dirige a una de las mansiones de Martínez, la que le diseñó el arquitecto catalán. Soy el único que quiere quedarse. Mis amigos están cansados y se aburren. Hace frío. Yo pienso en Sandra dentro de la mansión circular tratando de entender cómo se encienden las luces del comedor, mientras recuerda fugazmente cuando Martínez la tomó por la cintura en el camino al café y los digestivos, gesto que ella interpretó como señal para intimar:

—Es usted uno de los hombres más ricos del continente, ¿qué se necesita para hacer una fortuna como la suya en tres años? —me imagino que Sandra le preguntó aproximadamente, o quién sabe, quizás se acobardó, y decidió limitarse a exhibir una sonrisa rígida a lo largo de la noche.

En el caso de que Sandra le preguntara a Martínez el origen de su fortuna, éste quizás decidió bromear: "Sudor, ya lo ves", concluyó, impávido, y Sandra sintió que una extraña emoción le subía del estómago a los oídos. Siempre se le ruborizan las orejas. A mí también. Eso teníamos en común.

Mientras encienden los autos, imagino que, una vez que Sandra desiste en su empeño de encender las luces de la mansión, se toma la frente y suelta una sonora carcajada. Una sola porque no surge ninguna más. Está nerviosa. Tiene la certeza de que el obeso y sudoroso millonario la desea; que la tomará por la fuerza como a una empresa en quiebra. "¿Conque te atraía la idea de conocer el Mal, Sandy?", quizás se dice.

Seguro Sandra se sobresalta al escuchar que alguien entra a esa monumental sala con muebles Luis XV y un Chagall en vidrio contra balas (¿no es así como los nuevos ricos enmarcan sus cuadros?). Minutos antes, se había tratado de tranquilizar viendo por la ventana la extensión del jardín, iluminado en torno a lo que parecía una enorme piscina y lleno del ruido de los grillos. Al oír la puerta abriéndose, Sandra finge calma y no voltea a ver a Martínez.

—¿Quieres este jardín? —pregunta la voz cavernosa del magnate. Sus resoplidos obesos opacan el cantar de los grillos detrás del ventanal. En su respuesta, Sandra condensa el esfuerzo de muchas generaciones de la clase media.

—Sí —responde sin titubeos.

—Es tuyo, junto con todo lo demás —murmura Martínez. Sandra siente que el gordo la besará y la cargará a la recámara o quizás quiera hacerlo ahí mismo, sobre la mesa de la lámpara plomada. Está dispuesta a todo. Pero Martínez ni siquiera dice "buenas noches" y se interna en los pasillos de la mansión. Sandra nota que las luces se encienden y apagan obedeciendo el dificultoso paso del cíclope. Y pensando cómo funciona el sistema eléctrico, se queda dormida en un frío sillón color vino.

Al menos así imagino la escena, de vuelta a mi casa. Las luces de la casa de Sandra siguen encendidas. Es la casa de

enfrente. Yo tengo insomnio y ni una rama que fumarme. Hoy me podría fumar los jardines del vecindario entero.

***

Imaginé que las cosas no iban bien cuando fui a ver a la madre de Sandra, unos cuatro meses después de la noche en que Martínez la secuestró. Digo "secuestró" porque así prefería pensarlo. Me hacía sentir menos decepcionado de mi propia "maldad". Enemigos durante años —"ese adicto no te dejará nada bueno, Sandy", le decía la muy zorra delante de mis narices—, hoy cómplices en el abandono, la madre de Sandra me muestra la única carta que le ha llegado:

"No sé que pensar de todo esto", escribe Sandra desde una isla en el Caribe. "Ha sido tan rápido que apenas tengo tiempo de calmarme y escribir. Luego te contaré detalles. Creo que lo mejor es disfrutarlo, sin que me importe nada de lo que los demás opinen. Total, ya era hora de que la suerte nos sonriera un poco y yo no me lo voy a perder. ¿Cuándo mando el avión por ti?"

—Le contesté, Pablo —me dice la madre de Sandra—, pero no he vuelto a tener noticias del famoso avión.

La madre se ve triste, pero a mí me conforta imaginarme a su hija Sandra: la mayor parte del tiempo está sola en alguna mansión o en la isla. Se aburre. No tiene sexo con el obeso magnate. Tras dos o tres semanas de cenas, desayunos, inauguraciones y actos públicos, Sandra ha tenido una sola oportunidad de hablar de ello:

—¿Por qué no me tocas, Rodrigo? —le pregunta Sandra al magnate dentro del famoso avión privado.

—Porque no lo necesito —responde el millonario en mi imaginación.

Sólo quiero que me acompañes, le das confianza a mis socios. Y es la última vez que hablamos de esto.

Mientras los imagino abstinentes, creo que sonrío. Entonces me doy cuenta de que la madre de Sandra sigue hablándome:

—Yo sé que ella piensa mucho en ti. Después de todo, las mujeres tenemos sólo un gran amor y casi nunca nos casamos con él. Nunca aprobé lo de ustedes pero, al menos eras de su edad, Pablo. Yo he pensado mucho en un novio que tuve en la adolescencia ahora que me descubrieron el cáncer... porque tú sabes que tengo cáncer, ¿no Pablo? —me está diciendo.

—No señora —le respondo, saliendo de mis rencores paladeables.

—Pues así es. Y el señor Martínez se ha portado como un caballero: me presta a su enfermera privada y paga la radiación. Pero nada más. Del avión ese no he sabido nada. Me tienen abandonada.

Quiero confortarla, pero sólo se me ocurre una imagen patética: "Seguro se la pasan alcoholizados y él la golpea. Tanto dinero debe ser malo." Pero no se la digo. Se hace un silencio. Veo sus ojos hundidos, y rehuyo despedirme de beso. Tengo las orejas ardiendo.

***

La noche que la madre me confesó lo del cáncer —por cierto, nunca supe dónde lo tenía— soñé con Sandra:

El Vaquero Nocturno —quien, a estas horas, normalmente estaría desnudándose en un bar para mujeres en Guadalajara— vacía de un tirón sus conductos seminales dentro de un condón que le ha puesto la mujer de uno de los hombres más ricos de América Latina. Sin hablar, salen de la regadera. Pero el trabajo para el que El Vaquero fue contratado no ha concluido: tiene que hablarle de amor a la millonaria. No ha preparado un discurso, sino que confía más en la improvisación. Para darse valor, trata de mirarse en el espejo, pero está empañado:

—Es que no sé cómo el Señor puede perderse de una mujer tan candente —ensaya, pero la mujer le responde con una mueca—. Es decir, creo que usted vale todo el oro del mundo.

—Lo valgo. Esta isla está a mi nombre —dice la mujer y, mientras se seca el cabello, prende un cigarro—. Anda, Vaquero, inténtalo otra vez, te ha salido fatal —y echa una bocanada de humo—. Dime algo original. ¿Por qué soy mejor mujer que otras? A ver. Dilo fuerte. Grítalo.

El Vaquero piensa, se rasca la cabeza, y responde con firmeza:

—Porque usted no deja pelos en el jabón. No sabe cómo me molesta que las mujeres dejen pelos en el jabón.

En mi sueño, de pronto veo por la ventana cómo El Vaquero gesticula frente a una mujer que termina el cigarro, arroja una toalla al suelo y sale del baño. El Vaquero desempaña el espejo con la mano y se mira perplejo. En el cuarto contiguo, el millonario retira la oreja de la pared y, con un bostezo, se dispone a dormir.

Semanas más tarde soñé cosas parecidas, aunque menos sórdidas: que el magnate le pegaba sólo lo suficiente como para que yo la rescatara; que era cocainómana y anoréxica —ella, que siempre se negó a probar la marigua-

na— y yo la hacía comer; que el magnate la obligaba a hacerlo con mujeres frente a su lasciva mirada y que yo vestía a las mujeres desnudas, en fin. Entre sueño y sueño, ya me estaba fumando el de antes de levantarme, el de antes de desayunar, el del desayuno, el de antes de ir a trabajar, el del mediodía, el de mediatarde, el de antes de cenar, el de la cena y el de antes de quedarme dormido. Una fortuna en hierba. En ese entonces, Sandra tendría casi un año de haber desaparecido en el Caribe, y un día de 1994 hasta la madre calva se fue sin avisar, y usando una peluca pelirroja.

***

Un año después, yo me fui a la maestría de ingeniería en Massachusetts, conocí a Nancy en un bar en Queens y, tres semanas después, nos casamos. Del pasado de Nancy sólo sé que sus padres murieron *back in Arizona*. Ni siquiera he tenido tiempo de enseñarle a hablar español o a comer otra cosa distinta de la *fast food*. Nunca supe por qué aceptó casarse conmigo a la primera. Estábamos muy ebrios. Durante mucho tiempo pensé que así eran las norteamericanas, pero, ¿cómo son realmente? ¿Ellas también tienen un gran amor con el que nunca se casan? El resto de mis compañeros de la preparatoria han hecho bastante dinero, igual que yo. Me gusta ser rico, y acaso se lo debo a que Sandra me abandonó por alguien que creyó más malo, porque ¿quién sabe qué es lo que nos impulsa a tener éxito? No he vuelto a probar la mariguana. El olor me da náuseas y hasta dejé el tabaco.

Pero el otro día no tuve alternativa: prendí dos cigarros al hilo. El contexto es importante: Nancy insistió en que vacacionáramos en una playa del Caribe. Yo me negué pero, como siempre, acabé cediendo. Una noche se cumplió mi profecía: vi a Sandra salir de un automóvil descapotable y meterse al hotel donde Nancy y yo nos hospedábamos. Se me revolvió el cerebro, me paralicé, y por primera vez en seis años, imaginé una forma de adentrarme en sus infortunios: yo me introducía a escondidas en su habitación y encontraba un diario. Con las manos sudando lo leía sentado en la cama de su cuarto: yo iba hacia atrás en sus memorias, descubriendo la secuencia de renuncias, reproches y hartazgos en su vida con el millonario, lo aburrido que había sido todo sin mí (me añoraba), leyendo durante tanto tiempo que Sandra me descubriría todavía con el diario entre las manos pegajosas de sudor y bronceador. Eso imaginé. Y sentí deseos de llevarlo a la práctica.

Cuando vi que mi esposa Nancy me llamaba con los brazos, animándome a entrar con ella al mar, me hice el distraído. Los norteamericanos están tan obsesionados con el cáncer, que se bañan en el mar por las noches. De esa forma, no se mueren de cáncer de piel sino ahogados. Nancy chifló como arriero. Odio que lo haga. Es tan vulgar que parece artificial. Caminé por los jardines rumbo a la recepción del hotel. Me latía el corazón aceleradamente y me sentí un poco mareado. Mi plan era hacer cualquiera de dos cosas: averiguar su número de cuarto y buscar el diario imaginado o, simplemente, saludarla y quedar en una cita a escondidas en el bar del hotel. Por primera vez yo pagaría la cuenta de los dos. Quería mirarla, era todo. Cuando llegué a la recepción, vi que el hombrecito encargado se abanicaba con un pañuelo frente al elevador y encendía un cigarro barato.

—¿La señora de don Rodrigo Martínez? —me repitió el hombrecito, después de que se lo pregunté dos veces.

—Sí, la que acaba de entrar. La que se bajó de un Porsche rojo —expliqué, casi con un nudo en la garganta.

—No, aquí no ha entrado nadie, señor —aseguró para luego añadir, extrañamente:

—Quizás esté en el salón principal. Hay una recepción para el embajador de Jamaica. Es arriba. Pero si desea entrar, le recomiendo que se cambie de ropa. Ya sabe cómo son los ricos, ¿eh? —dijo, y me miró con genuina complicidad. Entonces fue que le pedí un cigarro.

Terminé de fumármelo con asco, atrapado entre cierta sensación de autocastigo y otra de terror por una conclusión sobre el Mal. El elevador tardó tanto en bajar que mi esposa Nancy me alcanzó. Nancy, norteamericana de corazón, me miró con reprobación cuando, al tratar de besarme, notó que mi boca olía a tabaco. No fue eso lo que me incomodó. En cambio, me volví hacia el hombrecito de la recepción para no besarla. El hombrecito me sonrió cuando entramos al elevador. Las puertas se cerraron.

—Es ella la señora de Rodrigo Martínez, ¿verdad? —dijo, divertido, mientras subíamos con lentitud.

—*What did he said? Who's Martínez?* —preguntó Nancy y sentí que una mano extraña me tocaba el hombro.

Volteé y eran los dedos de Nancy apoyados en mi clavícula. Tuve un impulso de esquivarla y huir por las cuerdas del elevador. Pero no hice ninguna de esas dos cosas. Sólo me quedé viendo cómo subían los números como si fuera lo último que haría en la vida. Pedí el segundo cigarro y lo encendí ahí dentro. Nancy me reprochó esa "falta imperdonable" durante días. Ansío otra oportunidad de volver a hacerlo. ◆